

MINISTERIO DEL VICARIO DE JESUCRISTO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA CRISTIANA

Merling Alomía

Resumen

El Espíritu Santo, tal como fue prometido por Cristo a su iglesia como vicario suyo para guiarla hasta el fin, vino en cumplimiento fiel a lo prometido. Desde el Pentecostés, su presencia fue constante pero no siempre comprendida y, arteramente falsificada por el enemigo. Así, personas poseídas por otro espíritu presentaron diversas falsificaciones y distorsionaron el entendimiento y la obra del Paráclito celestial. El ataque mayor al Espíritu Santo es la pretensión papal de ser el vicario de Cristo, lo cual no es ajeno sino correspondiente a lo profetizado por Daniel y Juan. Sin embargo, por encima de todo y de todos, el Espíritu guió a la iglesia suya de modo que la fe en él se mantiene vigente. Actualmente, las manifestaciones del espiritismo buscan opacar la obra de la persona que siempre representó a Jesús en esta tierra y que pronto volverá a manifestarse en forma extraordinaria con la lluvia tardía sobre la iglesia remanente del tiempo del fin para dar un fuerte pregón y la última invitación misericordiosa al mundo pecador.

Palabras clave

Espíritu Santo - Vicario de Jesucristo.

Abstract

The Holy Spirit, such as was promised by Christ to His church as His vicar to lead it until the end, came in true fulfillment as promised. Since the Pentecost, the presence of the Holy Spirit has been constant but not always understood, and treacherously falsified by the enemy. Thus, persons possessed by another spirit have presented falsehoods and distorted the understanding and the work of the celestial Paraclete. The main attack on the Holy Spirit is the papal claim of being the Vicar of Christ, which is not an alien concept but corresponds to what was prophesied by Daniel and John. However, above everything and everyone, the Spirit has guided His Church in a way that keeps the faith in Him intact. At present, the manifestations of spiritism seek to overshadow the work of the Person that has always represented Christ on this earth. This same Person is soon to extraordinarily manifest Himself with the latter rain upon the end time remnant Church, to give a loud cry and the final merciful invitation to this sinful world.

Keywords

Holy Spirit – Vicar of Jesus Christ.

Introducción

No hace mucho, en el ámbito de la erudición bíblica, era costumbre en el argot teológico, tildar al Espíritu Santo como el “Gran Desconocido” e

incluso la “cenicienta”,¹ debido mayormente a la escasez de referencias bíblicas que lo mencionaran y sobre todo a las pocas obras dedicadas a él. En la actualidad, no es de ningún modo apropiado referirse a la tercera persona de la Trinidad de ese modo,² dado el interés creciente manifestado en él y considerando la inmensa variedad de exposiciones vertidas en torno a él en las últimas décadas.³

¹ A. W. Wainwright, *La Trinidad en el Nuevo Testamento* (Salamanca: Secretariado Trinitario, 1976), 235.

² Carmelo Granado, *El Espíritu Santo en la Teología Patristica* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1987), 9.

³ La siguiente lista de ningún modo pretende ser exhaustiva; ella es apenas representativa: H. Mühlen, *El acontecimiento de Cristo como obra del Espíritu Santo* (Madrid: Mysterium Salutis, 1971); Francis Schaeffer, *The New Super-Spirituality* (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1972); J. de Goitia, *La fuerza del Espíritu. Pneuma-Dynamis* (Bilbao: Ediciones Mensajero, 1974); Vynson Synan, *Aspects of Pentecostal-Charismatic Origins* (Bridge Logos Publishing, 1975); H. Mühlen, *El Espíritu Santo en la iglesia* (Salamanca: Secr. Trinitario, 1974); Stanley M. Horton, *What the Bible Says about the Holy Spirit* (Springfield: Gospel Publishing House, 1976); George T. Montague, *The Holy Spirit: Growth of a Biblical Tradition* (New York: Paulist Press, 1976); J. Leon Wood, *The Holy Spirit in the Old Testament* (London: Hodder & Stoughton, 1976); W. A. Criswell, *The Holy Spirit in Today's World* (Grand Rapids: Zondervan, 1976); C. Heitmann y H. Mühlen eds., *Experiencia y teología del Espíritu Santo* (Salamanca: Sígueme, 1978); C. K. Barret, *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica* (Salamanca: Secr. Trinitario, 1978); James D. G. Dunn, *Jesús y el Espíritu* (Salamanca: Secr. Trinitario, 1981); F. Porsch, *El Espíritu Santo defensor de los creyentes* (Salamanca: Secr. Trinitario, 1983); Y. M. Congar, *El Espíritu Santo* (Barcelona: Editorial Herder, 1983); René Pache, *La persona y obra del Espíritu Santo* (El Paso: Casa de Publicaciones Bautista, 1983); Richard J. Sklba, “Until the Spirit on High is Poured out on Us” (Isa 32:15): Reflections on the Role of the Spirit in the Exile”, *The Catholic Biblical Quarterly* 46 (1984) 1-17; Jon D. W. Watts ed., *Spirit and Renewal: Essays in Honor of J. Rodman Williams* (Sheffield: Sheffield Academic Press, 1994); R. P. Martin, *The Spirit and the Congregation: Studies in I Corinthians 12-15* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1984); M. G. Kline, *Images of the Spirit* (Grand Rapids, MI: Baker Book House, 1980); D. I. Block, “The Prophet of the Spirit: The Use of RWH in the Book of Ezekiel”, *Journal of the Evangelical Theological Society* 32 (1989) 27-49; Victor H. Mathews, “Holy Spirit”, en *The Anchor Bible Dictionary*, 5 vols., ed. David Noel Freedman (New York: Doubleday, 1992), 3:260-280; W. Hildebrand, *An Old Testament Theology of the Spirit of God* (Peabody, Mass.: Hendrickson, 1995); Wonsuk Ma, *Until the Spirit Comes. The Spirit of God in the Book of Isaiah* (Sheffield: Sheffield Academic Press, 1999); A. B. Simpson, *El poder de lo alto* (Terrasa, Barcelona: CLIE, 1989); Horacio Alonso, *El don del Espíritu Santo* (Barcelona: Clie, 1992); G. Campbell Morgan, *El Espíritu de Dios* (Barcelona: CLIE, 1984); Oswald Smith, *El Espíritu Santo está obrando* (Barcelona: Clie, 1986); William E. Richardson, *Speaking in Tongues: Is Still the Gift of the Spirit?* (Berrien Springs, MI: Biblical Perspectives, 1994); George W. Dollar, “Church History and the Tongues Movement”, *Bibliotheca Sacra* 120, n°4 (1963): 309-311; C. L. Rogers, Jr., “Gift of Tongues in the Post-Apostolic Church (A.D. 100-400)”, *Bibliotheca Sacra* 122 (1965): 134-143; Watson E. Mills ed., *Speaking in Tongues: A Guide to Research on Glossolalia* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1986); Donald A. D. Thorsen, *Wesleyan Quadrilateral: Scripture, Tradition, Reason and Experience as a Model of Evangelical Theology* (Grand Rapids, MI: Asbury Press, 1990); Gerhard F. Hasel, *Speaking in Tongues. Biblical Speaking in Tongues and Contemporary Glossolalia* (Berrien Springs, MI: Adventist Theological Society, 1994); Donald W. Dayton, *Raíces teológicas del Pentecostalismo* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1991); José M. Martínez, *Introducción a la espiritualidad Cristiana* (Barcelona: Clie, 1997); Vinson Synan, *The Holiness Pentecostal Tradition: Charismatic Movements in the Twentieth Century* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1997); D. I. Block “Empowered by the Spirit: The Holy Spirit in the Historical Writings of the Old Testament”, *Southern Baptist*

El relato veterotestamentario comienza en el Génesis con el registro del origen del universo y de nuestra existencia, destacando la acción poderosa de la tercera persona de la Trinidad al obrar directamente desde el primer día de la creación (Gn 1,2); y termina señalando la explícita intervención del Espíritu y la promesa de su ayuda y compañía constante a los fieles en los últimos siglos previos al cristianismo (Ag 2,5; Zac 4,6). Sin embargo, a lo largo de todo ese tiempo, pareciera que él quedara escondido entre las acciones de sus dos compañeros divinos. Su presencia es asumida o tácita y no siempre es tan conspicua como la de la primera o la de la segunda persona. Sus acciones y su presencia son o aparecen como vinculantes; es decir, su actuar lo ejerce como si fuera el vínculo que liga o mantiene unidas las acciones de los tres, de modo que todo resulte en una acción conjunta, unida y perfecta del Dios trino.

Un intento de enmarcar la trayectoria bendecida del Espíritu a lo largo de los siglos en la cristiandad sería: (1) cuando se inició la iglesia apostólica (siglo I); (2) cuando hablaron la patrística apologética y los concilios convocados (siglos II-V); (3) cuando la oscuridad medieval obnubiló la verdad (siglos VI-XV); (4) durante los días de la Reforma y la Contrarreforma (siglos XVI-XVII); (5) durante el “tiempo del fin” (siglos XVIII-final).

Cuando se inició la iglesia apostólica (siglo I)

El Nuevo Testamento es el registro auténtico del inicio de la iglesia cristiana que, a su vez, empieza con la maravillosa revelación de la intervención divina de la tercera persona de la divinidad, al realizar el milagro más prodigioso del universo y de los siglos, la encarnación de la segunda persona de la Trinidad, el Verbo eterno, de modo que este se hiciera carne y, como Hijo de Dios y del hombre, pudiera habitar entre los pecadores

Theological Journal 2 (1998): 46-55; J. Stephen Lang, *1,101 Things you Always Wanted to Know about the Holy Spirit* (Nashville: Thomas Nelson, 1999); H. Vinson Synan, *The Century of the Holy Spirit: 100 years of Pentecostal and Charismatic Renewal, 1901-2001* (Nashville: Thomas Nelson, 2001); Stanley M. Burgess, *The New International Dictionary of Pentecostal and Charismatic Movements* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2002); Allan Anderson, *An Introduction to Pentecostalism: Global Charismatic Christianity* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004); Wüdasé Mesrak Teshome, *Glossolalia: The Therapeutic Value of Praying in Tongues* (Fullerton: ABC Psych. Consultants, 2006); Jack W. Hayford y Seth David Moore, *The Charismatic Century: The Enduring Impact of the Azusa Street Revival* (New York: Werner Faith, 2006); Paul Alexander, *Signs & Wonders. Why Pentecostalism is the World's Fastest Growing Faith* (San Francisco: Jossey Bass, 2009); Warren D. Bullock, *When the Spirit Speaks: Making Sense of Tongues, Interpretation & Prophecy* (Springfield: Gospel Publishing House, 2009).

miserables a fin de poder buscarlos y salvarlos, ya que esa era la razón de la encarnación. Este misterio insondable, que es la esencia misma del evangelio, nos es revelado de modo escueto y sublime.

La Escritura registra que al realizarse este portento se consumó la encarnación, pues “el Verbo se hizo carne” para habitar entre nosotros (Jn 1,14) y fue así. Luego, el mismo Espíritu que lo engendró se encargó de ungirlo en el año 27 en ocasión de su bautismo (Lc 3,21-22) para que fuese mensajero, profeta (4,16-19), ofrenda expiatoria por el pecado en el Calvario y santísimo pontífice en el Santuario celestial (Heb 5,5; 7,25-26). Además, tras su ascensión, el mismo Espíritu Santo, ya como fiel vicario suyo, descendió en plenitud sobre su iglesia cristiana-judía durante el Pentecostés en el aposento alto (Hch 2,1-4) y del mismo modo sobre su iglesia cristiana-gentil en casa del centurión Cornelio (Hch 10,44-45). Desde entonces, guía a todos hacia el Mesías, hacia el Ungido; los lleva al arrepentimiento y tras hacerlos nacer de nuevo, los sella para la salvación (Ef 4,30); los guía como hijos de Dios (Rom 8,14); y los ayuda en su debilidad al interceder constantemente por ellos (Rom 8,26).

En realidad, cuando uno entra al ámbito novotestamentario, es demasiado evidente que el panorama trinitario es ampliado, pues a partir del momento cuando la segunda persona de la Deidad toma nuestra naturaleza, cada uno recibe distintivamente su nombre propio tal como lo conocemos ahora: Padre, Hijo y Espíritu Santo (Is 9,14; Mt 28,19). Jehová se hizo carne para habitar con nosotros a fin de poder salvarnos.

Todo esto y mucho más, tal como está registrado en cada libro del Nuevo Testamento, era parte del conocimiento y del mensaje que la iglesia apostólica creía, enseñaba, predicaba y vivía tocante al Espíritu Santo. Su plena identidad divina, su naturaleza, su obra sacrosanta como tal en el ministerio salvador, eran reconocidas y vividas sin ambages. Pero siempre, en cada ocasión y a lo largo de todo el tiempo, él “ha soplado donde ha querido y como él ha querido” y sobre todo en quienes lo han recibido para ser nacidos del Espíritu (cf. Jn 3,8).

Parece que la iglesia primitiva tuvo que afrontar el problema de dónde hablaba el Espíritu Santo y dónde no, pero también tuvo que definir la genuinidad del testimonio personal de los que decían hablar por el Espíritu. En ambos casos, la iglesia siguió el consejo apostólico. Para el “dónde sí y dónde no” acató la dirección inspirada paulina. La genuinidad espiritual divina era discernible en el reconocimiento que la comunidad hacía respecto del

señorío de Jesús, ya que “nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (1 Cor 12,3) y además, si esa manifestación era edificante para esa comunidad (14,1-5), es decir, qué “frutos” generaba tal manifestación en donde aparecía (Mt 7,16). En cambio, para la genuinidad del testimonio personal, es decir el “con quién hablaba”, siguió el consejo juanino inspirado, al considerar el reconocimiento pleno de Cristo como el Encarnado y su plena actuación como tal en el mundo (1 Jn 4,1-6).

Ya desde la mitad del primer siglo, la cristiandad de Siria en la comunidad de *Didajé*,⁴ además de reconocer la genuinidad de la manifestación profética como un don del Espíritu Santo, evidentemente tuvo que lidiar con pseudos profetas itinerantes que pretendían ser impulsados por el Espíritu.⁵ Así lo evidencia la *Didajé* al reconocer la genuinidad del don profético otorgado por el Espíritu Santo (XI 7) y al determinar quiénes no lo eran, mostrando la norma adoptada contra ellos para establecer su falsedad (XI 8), pues estipulaba que un profeta itinerante que aceptara la hospitalidad de una comunidad por más de dos días (XI 5) y que, impulsado por el Espíritu, pidiera una comida para sí e incluso dinero, debía ser expulsado como un falso profeta (XI 9,12).⁶ Esto, de hecho, concordaba con la advertencia juanina de ni siquiera “recibir en casa, ni menos darle la bienvenida” a alguien contrario a la “doctrina de Cristo” (2 Jn 9-10).

En realidad, la misma Escritura da testimonio de que, al entrar al nuevo siglo, la convicción de la iglesia era que el Espíritu Santo es la tercera persona de la Trinidad quien, junto con la iglesia, es el agente divino que invita a los pecadores a participar gratuita y plenamente de la salvación (Ap 22,17).

⁴ *Didajé* es el nombre de una comunidad cristiana de Siria del siglo I. A su vez, *Didajé* es también el nombre de un documento anónimo producido por la comunidad cristiana “*didajiana*” de ese lugar que revela algunas normas establecidas por la iglesia de esa localidad y que probablemente eran también practicadas en las demás comunidades cristianas de esa época. Aaron Milavec, *The Didache: Text, Translation, Analysis, and Commentary* (Collegeville, Minnesota: Liturgical Press, 2003), ix, x, 29. Aunque la *Didajé* pareciera ser más un “manual pastoral” (Ibid., vii), la erudición considera a la *Didajé* incluso como un “manual de iglesia” fechándolo entre los años 70 al 150. Ver James L. Ash, “The Decline of Ecstatic Prophecy in the Early Church,” *Theological Studies*, 37, n°2 (1976): 232.

⁵ Notablemente, la *Didajé* protege de juicio de manera específica a los profetas que “hablan en el Espíritu”, pues de otro modo el que los juzga incurre en “pecado imperdonable” (11:7). Milavec, *The Didache*, 36, 37.

⁶ Milavec, *The Didache*, 26-39.

Cuando habló la patrística apologética y los concilios convocados (siglos II-V)

Hacia la mitad del siglo II, apareció en Frigia, Asia Menor, Montano (c. 157), quien se consideraba “la encarnación del Espíritu Santo” que Cristo había prometido a su iglesia. Se dice que tenía un gran séquito de profetas y especialmente profetisas que en manifestaciones extáticas anunciaban el fin del mundo así como el descenso de la Jerusalén celestial.⁷ Asimismo, sus seguidores practicaban un estricto modo de vida que exigía el ayuno, que tenía en cuenta ciertos pecados como imperdonables. Además, no aceptaban un segundo matrimonio y para ellos la huida, incluso en persecución, era inaceptable.⁸ Sus escritos desaparecieron, pero se sabe de sus ideas gracias a Eusebio, Epifanio y Tertuliano.⁹ Su influencia fue poderosa pues se extendió con rapidez por Italia, toda la Galia y el norte de África.

Afortunadamente, alrededor del mismo tiempo hubo paladines de la patrística que se pronunciaron de modo legítimo en torno a la obra del Espíritu Santo, entre ellos Justino († ca. 165), quien fue además de filósofo, mártir. Tres de sus obras le han sobrevivido: *Apología I y II* y *Diálogo con Trifón*. En dos de ellas, el Espíritu es un tema prominente y este cristiano considera al Espíritu como el ente realizador indispensable en la tarea de la salvación. Para Justino, el Pentecostés es un momento especial en cual el Espíritu se convierte en un don de Jesús a los creyentes.¹⁰ Desde entonces, el Consolador continúa comunicándose mediante la iglesia ya que ella es el lugar de la comunicación del Espíritu pues él considera la presencia de los dones en la iglesia como una continuación del pentecostés apostólico.¹¹

A Orígenes de Alejandría (184-164) correspondió la elaboración del primer tratado sistemático sobre el Espíritu Santo en su obra *De principiis*. Si bien es cierto que a lo largo de su obra las referencias al Espíritu son múltiples, la

⁷ Jerald C. Brauer ed., *The Westminster Dictionary of the Church History* (Philadelphia: Westminster, 1971), 569-570.

⁸ Tertuliano refiere que el concepto montanista en este aspecto era, “adulterio y fornicación eran perdonados antes del bautismo”, después de él imposible. David W. Bercot ed., “Montano”, *A Dictionary of Early Christian Beliefs* (Peabody, MA: Hendrickson, 1998), 464.

⁹ Debe tenerse en cuenta que aunque todo lo que se sabe de Montano es mayormente de sus contrarios, no obstante, hay uniformidad en lo que ellos dicen de él de modo que sus enseñanzas no eran del todo correctas.

¹⁰ Carmelo Granado, *El Espíritu Santo en la teología patrística* (Salamanca: Sígueme, 1987), 26.

¹¹ *Ibíd.*, 27.

mayor exposición sobre el tema está en *De principiis* I 3. Hablando de la acción del Espíritu en la humanidad, Orígenes considera que hubo dos venidas del Espíritu Santo. La primera ocurrió en el Antiguo Testamento, básicamente con la venida del Espíritu a los profetas. La segunda, que es la principal, aconteció a los apóstoles en el Pentecostés y en cumplimiento de las profecías de Joel (Jl 3,1).¹² Lo puntual es que él las considera de modo explícito solo sobre los hombres, las cuales no son consideradas como parte del descenso del Espíritu sobre Cristo en ocasión de su encarnación y sobre todo en su bautismo. A esta da, sin embargo, una importancia suprema.

Según Orígenes, el Espíritu vino sobre Jesús en el Jordán no meramente como vino a muchos otros en el Antiguo Testamento. A estos vino el Espíritu de modo temporal con el fin de dotarlos apenas para una función determinada y transitoria y, a lo mucho, como un don; en cambio sobre Cristo vino, por así decirlo, con los siete dones que profetiza Isaías (Is 11,1-2). Esto, de hecho, significa la plenitud con que viene el Espíritu sobre él, en la totalidad de sus posibilidades, con personalidad y poder en grado superlativo.¹³ La teología origeniana, sin embargo, erró al considerar el origen mismo del Espíritu pues, aun cuando asocia al Espíritu con el Padre y con el Hijo en una diversidad de lugares de su obra, incluye incertidumbre en sus disquisiciones tocante al origen del Espíritu y¹⁴ al hecho de que el Espíritu puede ser considerado hijo o no.¹⁵

Hacia fines del siglo II, Ireneo de Lyon († 202) llegó a ser un abanderado en la exposición de la actividad del Espíritu Santo en todas las etapas, o como

¹² *Ibid.*, 109.

¹³ “En todos los que profetizaron reposó el Espíritu Santo, pero en ninguno de ellos reposó como en el Salvador. Por lo cual se escribió de él: “Saldrá un vástago de la raíz de José y una flor brotará de su raíz, Y descansará sobre él el Espíritu de Dios, Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad. Y le llenará el Espíritu de temor de Dios (Isa 11:1-3)”, *Homilia In Números VI 3: Die Griechischen Schriftlichen der ersten drei Jahrhunderte* (Berlin-Leipzig), 30, 33; Citado en Granado, *El Espíritu Santo en la Teología Patristica*, 104, 120.

¹⁴ “Sobre este punto no se ve claramente si es engendrado o inengendrado o si hay que considerarlo también a él como hijo de Dios o no: ambas cosas hay que investigarlas según la medida de nuestras fuerzas a partir de la Escritura santa y analizarlas con agudo examen”, *De principiis*, Praefacium I 4; citado por Granado, *El Espíritu santo en la teología patristica*, 106.

¹⁵ Ver por ejemplo, sus declaraciones como: “Si es verdad que todo se hizo por su medio (*panta di'autohégeneto*) hay que examinar si también el Espíritu se hizo por su medio (*di'autohégeneto*)”, *Comentario a San Juan* II 10, 73. “Pienso que para quien afirma que tiene un origen (*genetón*) y pone delante ‘todas las cosas se hicieron por su medio’, tendrá necesariamente que admitir que también el Espíritu Santo se hizo por medio del Verbo (*diatoúLogon*), dado que el Verbo es más antiguo que él”, *ibid.*; citado por Granado, *El Espíritu Santo en la teología patristica*, 115.

él llamaba, las economías de Dios de la historia de la salvación. Sus obras, el Canon de la verdad y la Regla de fe, son notables. Ireneo no concebía alguna etapa interrumpida de la actividad del Espíritu en el mundo pues él siempre estuvo “asistiendo a los hombres, anunciándoles el futuro, mostrándoles el presente e interpretándoles el pasado”.¹⁶ Para Ireneo, desde el derramamiento del Espíritu en la iglesia, el Espíritu le ha sido confiado a esta como don de Dios. Decir iglesia es aludir al Espíritu que la crea, y donde está el Espíritu de Dios, allí está la iglesia con los carismas que suscita el Espíritu. En realidad, la diferenciación correcta entre los verdaderos y los falsos profetas debió haber sido algo que siempre preocupó a la iglesia desde los días de la iglesia apostólica y esto era algo que implicaba a una manifestación directa del Espíritu Santo. Ireneo, a su vez, es quien comienza a alegar una sucesión ininterrumpida de obispos que fueron depositarios del carisma de la verdad, razón por la cual, ellos eran los que podían decidir el lugar y la manera como hablaba el Espíritu.¹⁷

Las últimas décadas del siglo II y las primeras del siglo III fueron el escenario en el cual Arrio (270-236) proclamó su doctrina. Este no concebía al Hijo consustancial con el Padre. El Hijo llegaba, cuando mucho, a ser la primera de las criaturas y hasta la más excelsa de ellas, algo así como el primero de los ángeles y nada más. Con esto planteaba si el Verbo era creado o engendrado y, aunque engendrado supera a creado en relación con el tiempo, su aceptación siempre elimina la coeternidad con el Padre. El arrianismo generó en la cristiandad serios enfrentamientos y sus misioneros fueron muy activos y efectivos especialmente en los pueblos germánicos hasta el siglo VI. De manera particular, su desarrollo, así como su confrontación con los denominados encarnacionistas, se desarrolló a lo largo del siglo IV. Pese a que el Concilio de Nicea (325) rechazó las ideas arrianas, estas ganaron prestigio cuando el emperador Constancio II oficializó las tesis de Arrio hasta que en el Concilio de Constantinopla (381) el arrianismo quedó condenado. Pero el problema persistió, pues no se resolvió de qué naturaleza era el Espíritu Santo y qué dignidad se le debía. Bullían las ideas, empezando con las judías, que apenas concedían al Espíritu la categoría de una clase de “fuerza divina”. Con ellas, el modalismo aducía que solo era una cualidad divina. Luego, estaba la arriana que, al referirse al Espíritu Santo, apenas lo consideraba como una segunda criatura o un segundo ángel, y era tal su

¹⁶ *Adversus haereses* IV 33, 1: *Sources Chrétiennes* (Lyon), Cerf, Paris 100, 802; citado por Granado, *El Espíritu santo en la teología patristica*, 33.

¹⁷ Eduard Schweizer, *El Espíritu Santo* (Salamanca: Sígueme, 1984), 12, 13.

rechazo a la divinidad de él, que al arreciar la confrontación a mediados del siglo, sus defensores fueron tildados de “pneumatómacos”, es decir, los que “matan al Espíritu”. Pero primó la idea encarnacionista que, al conceder la divinidad al Hijo, también la otorgó al Espíritu Santo.

Ya en el siglo III, apareció Sabelio en medio de una ardua controversia trinitaria que afectaba la naturaleza de Cristo. Él inició una escuela que se oponía a las enseñanzas de Hipólito, quien negaba la Trinidad. Sin embargo, Sabelio afirmaba que no hay distinción entre las personas divinas ya que, tanto el Padre como el Hijo y el Espíritu Santo son una única entidad. Ellos son el mismo Dios que se manifiesta de diversas maneras (modalidades), de ahí que los sabelianos eran también llamados “modalistas”, y de esta manera también negaban la Trinidad aunque desde otro ángulo. Además, ellos sostenían que quien se encarnó no fue el Logos sino el Padre y que más bien fue el Padre quien murió en la cruz.¹⁸ De este modo, Sabelio pretendió aclarar la relación entre Padre, Hijo y Espíritu Santo sin contradecir el monoteísmo judío.

Hipólito († ca. 236) fue un griego alejandrino que llegó a ser discípulo de Ireneo. Actuó precisamente en Roma y fue obispo papal en ella.¹⁹ Inicialmente, enseñó que el Divino Logos (el Verbo) se hizo hombre en Cristo, pero que él difiere de Dios el Padre en cada aspecto y que Cristo es el intermediario entre Dios y la Creación. Esto significa que Cristo no era Dios y es una negación de la Trinidad. En realidad, Hipólito fue uno de los principales causantes, a entender de Roma, del primer cisma formal de la iglesia y, a su vez, el primero de los llamados antipapas en la sucesión petrina aducida por la iglesia de Roma.²⁰ Igualmente, él comenzó a defender la idea de que como guardianes de la fe y de la iglesia, el Espíritu Santo solo se manifiesta en los sucesores del sacerdocio jerárquico que es dueño de la sucesión apostólica y del ministerio de la enseñanza. Así, la idea de que el Espíritu Santo era el que aprobaba y estaba presente solo en el ministerio

¹⁸ Charles A. Coulombe, *A History of the Popes Vicars of Christ* (New York: MJF Books, 2003), 38.

¹⁹ Hipólito es considerado como antipapa, pero es considerado como sucesor de Pedro en la lista de sucesión papal pues su obispado lo ejerció en pleno pontificado de Calixto I (217-222), Urbano I (222-230) y Pontiano (230-235). Fue discípulo de Ireneo. La mayoría de sus escritos se han perdido, pero uno que sobrevivió en modo completo es *Anticristo*, el cual comenta esta profecía del Apocalipsis. Hipólito fue un opositor declarado a las herejías cristológicas de sus días. Igualmente, escribió numerosos tratados en griego concernientes a la unidad de Dios en la Trinidad. Coulombe, *A History of the Popes Vicars of Christ*, 41-43.

²⁰ *Ibid.*, 38

eclesial se acrecentó desde entonces y perduró hasta hoy en las filas de la iglesia romana.

Los comienzos del siglo III fueron el escenario del prolífico Tertuliano († ca. 220). Para él, los evangelios, como la sustancia del Nuevo Testamento, contienen el meollo de la revelación novotestamentaria, la cual es a su vez la automanifestación de la Divinidad en su unidad tripersonal, lo cual diferencia fundamentalmente a la fe cristiana de la judía. Con esta revelación, el Nuevo Testamento ostenta una nueva comprensión de Dios que en esencia es una nueva manera de entender la unicidad de Dios como tripersonal. De esta manera, la revelación del Nuevo Testamento se realiza mediante el Hijo y el Espíritu, quienes ya actuaban en los días veterotestamentarios y, aunque revelaban a Dios, este no fue entendido en su realidad tripersonal. Para Tertuliano, el Dios uno y único es, al mismo tiempo, Padre, Hijo y Espíritu Santo pues tales son los nombres de cada una de las personas divinas.²¹ En realidad, Tertuliano precisó que el Espíritu es “otro” dentro de la Divinidad e incluso lo nombra como “tercero” y es el primer teólogo que aplicó el término “persona” al Espíritu Santo, lo cual es fundamental para la teología trinitaria posterior.²²

Novaciano fue también un hijo del siglo III y previamente un filósofo estoico. Él también fue uno de los primeros llamados antipapas ya que ejerció su pontificado en 251-258 paralelamente a los de cinco papas: Cornelio (252-253), Lucio I (253-254), Esteban I (12 de mayo, 254-2 de agosto, 257) y Sixto II (agosto 31, 257- agosto 6, 258).²³ Sus tratados *De Trinitate* y *Regula Veratatis* son los que exponen su enseñanza sobre el Espíritu. Para Novaciano, el Espíritu, por ser siempre el mismo, ha operado a lo largo de toda la historia. Además, la actividad del Espíritu Santo en los profetas del Antiguo Testamento es el punto de referencia para contrastar o ilustrar la actividad del Espíritu en el Nuevo Testamento y en la iglesia. Los profetas

²¹ *Adversus Praxean* 31, 1-2: *Corpus Christianorum Latina*. Series Latina. Thurnhout. 2, 1024, 1-11; citado por Granado, *El Espíritu santo*, 50.

²² “Ya entonces (Gén 1:26) estaba junto a él el Hijo, la segunda persona, su Verbo, y la tercera (persona), el Espíritu en el Verbo” (*Adversus Praxean* 12, 3: CCL 2, 1173, 12-13). A favor de mi tesis está que el Señor, cuando usó esta palabra a propósito de la primera persona de la Trinidad, del Paráclito, no dio a entender una división sino una disposición, pues dice: “Yo rogaré al Padre, y él os enviará otro Paráclito, el Espíritu de Verdad” (Jn 14, 16). Así dice que el Paráclito es otro distinto a él mismo, como nosotros decimos que el Hijo es otro distinto que el Padre” (*Adversus Praxean* 9, 3: CCL 2, 1168, 18-1169, 24), citado por Granado, *El Espíritu Santo*, 74, 75.

²³ Coulombe, *A History of the Popes, Vicars of Christ*, 48-54.

veterotestamentarios son las personas en quienes el Espíritu ha manifestado su acción privilegiadamente y los considera de manera tan destacada que, en ellos, en esos días, se concentra toda la actividad del Espíritu. Sin embargo, los profetas movidos por el Espíritu anunciaron a Cristo como dador del Espíritu a la iglesia. Algo que debe señalarse es que Novaciano no define al Espíritu como “persona”, pese a que Hipólito y Tertuliano ya lo habían definido de ese modo; pese a que eran conocidos y usados por él, y a que al Padre y al Hijo los denomina personas. Por otro lado, nunca llama Dios al Espíritu de modo explícito. Aunque Novaciano fue excomulgado, organizó una iglesia paralela que duró hasta el año 600.²⁴

Ya bien entrado el siglo III, surgieron agrupaciones de hombres y mujeres que vivían en la más severa continencia sexual y desde luego afirmaban ser influidos por el Espíritu Santo. Estos recorrían solos o en grupos el país con el fin de visitar a los enfermos, echar fuera a los demonios, reunir a la hermandad y, con la confianza puesta solo en el Espíritu, anunciar el evangelio con sencillez pero con eficacia, es decir, sin alardes de oratoria pero con elocuencia innegable.²⁵ Hacia la misma época aparecieron en uno de estos grupos algunos que se autodenominaban “los pequeños”, los cuales se separaron de los demás, incluso de la iglesia, para vivir en un mundo aparte. De este modo, decían ellos, recibían el Espíritu Santo en toda su plenitud e, igualmente, decían ver lo que ningún otro mortal puede ver y escuchar, es decir, lo que solo los moradores celestiales pueden percibir.²⁶

En realidad, es a partir de siglo IV cuando se acrecienta cada vez más la idea de que la plena posesión del Espíritu solo se otorga a aquel que lleva una vida absolutamente ascética en algún claustro, permanece en el estado del matrimonio o niega su propia existencia. Crucial a esto es también lo establecido por la Iglesia Católica muchos siglos más tarde, en el Concilio de Trento, al declarar que los obispos son el resultado de la sucesión apostólica y que ellos “están puestos por el Espíritu Santo para regir la iglesia de Dios”.²⁷

²⁴ *Ibíd.*, 51.

²⁵ G. Kretschmar, “Ein Beitrag zur Frage nach der Ursprung Frühchristlicher Aakese”, *Zeitschrift für Theologie und Kirche* 61 (1964): 33-34, citado por Schweitzer, *El Espíritu Santo*, 16.

²⁶ *Ibíd.*

²⁷ *Concilio de Trento*, sesión 23, col. 3 y 4, citado por Schweizer, *El Espíritu Santo*, 13.

El concilio de Nicea (325) y el de Constantinopla (381)

La terminología usada por Orígenes para describir la Trinidad así como el papel del Espíritu Santo fueron motivo de grandes discusiones, pues además, sus discípulos fueron exagerando su posición. Las críticas venían de quienes consideraban que él iba contra el monoteísmo y también de quienes identificaban al Espíritu Santo con el Hijo, con la gracia o con una criatura. Cuando la iglesia se reunió en el primer Concilio de Nicea (325) estuvo preocupada en examinar las ideas de Arrio y se abocó al tema de la divinidad de Jesús de Nazaret. Su pronunciamiento contra Arrio puso el fundamento debido para el extenso desarrollo de la cristología. Pero aunque este concilio no trató la divinidad del Espíritu Santo, el esquema del Credo Niceno señala ya una cierta igualdad pues declara: “Creemos en un Dios, Padre todopoderoso... en un Señor Jesucristo... en el Espíritu Santo”. Recién en el año 360, según informes de Atanasio, y con acaloradas disputas con los arrianos, la atención se vuelca de la cristología a la pneumatología.

En el Concilio de Constantinopla(381) se asumieron las expresiones de Gregorio de Nisa (331-396) en los siguientes términos: “Creemos...en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre, y con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado, y que habló por los profetas”.

En la mitad del siglo IV llegó Cirilo de Jerusalén (350-387). Lo notable de Cirilo es que él fue muy consciente de la imposibilidad de hablar sobre el Espíritu Santo sin el auxilio de la gracia y que es demasiado peligroso hablar del asunto fuera del terreno de las Escrituras.²⁸ Por eso, declaró sin ambages que sus escritos sobre el Espíritu se apoyaban en las Escrituras y solo en ellas. Como él mismo afirmó, “acerca del Espíritu Santo digamos solo lo que está escrito. Si algo no está escrito, no nos ocupemos de ello”.²⁹ Igualmente, reconociendo la autoría de la Escritura al Espíritu, Cirilo aseveró que si el deseo del Espíritu hubiera sido que supiéramos más sobre él, de hecho nos hubiera revelado más en ella.³⁰ La concepción de Cirilo concerniente al Espíritu es plenamente trinitaria. Para él, el Espíritu pertenece a la Trinidad divina y es inseparable tanto del Verbo como del Padre, y siendo inseparable

²⁸ “Verdaderamente es necesaria la gracia espiritual, para hablar del Espíritu Santo, no porque vayamos a hablar como el asunto merece, porque es imposible, sino para que procedamos sin peligro al exponer las cosas a partir de las Sagradas Escrituras”, *Catequesis* 16 1: *Patrología Graeca*, J. Migne, ed. Paris, 33 917^a, citado por Granado, *El Espíritu Santo*, 129

²⁹ *Catequesis* XVI 2: *Patrología Graeca*, J. Migne, ed. Paris 33, 920 AB, citado por 129, n. 12.

³⁰ *Ibíd.*, 129, n. 16, 19.

de ambos y ejerciendo junto a ellos sin principio ni fin su dominio, es partícipe de la misma gloria del Padre y del Hijo,³¹ con quienes es al mismo tiempo honrado.³²

Hilario de Poitiers († 368), como la figura destacada del Concilio de París, (361) compuso su obra maestra *De Trinitate* en doce libros en la cual esbozó su doctrina sobre el Espíritu de modo amplio. En realidad, el libro segundo de su obra expone de modo sistemático la doctrina de la Trinidad y se basa en Mateo 28:19-20. Hilario fue un convencido de que este texto es suficiente para los creyentes, debido a que en él se encuentra todo lo necesario para la salvación del hombre; y es que en este texto el Espíritu es presentado junto al Padre y al Hijo como perteneciente a la esfera de lo divino.³³ Pero al explicar el texto del bautismo de Jesús es donde Hilario expuso una de sus peculiaridades tocante al Espíritu. Para él, en el bautismo no es el Verbo el ungido sino el hombre Jesús, que es la humanidad del Verbo, puesto que a su entender dicho unguimiento tenía como propósito la santificación de la humanidad asumida.³⁴ Puesto que Jesús es Dios y hombre, como Dios ya es perfecto, la razón de ser de su unguimiento debe buscarse en la humanidad. Así, mediante su unguimiento es nuestra humanidad la que llega a ser santificada en Cristo.³⁵ Por lo demás, para Hilario, el Espíritu Santo es de Dios, está en Dios y como tal penetra y escudriña los misterios profundos de Dios. Ningún otro es comparable al Espíritu y es en virtud a ese conocimiento absoluto que él tiene de Dios, que él nos ayuda a conocer más de Dios.

Ambrosio de Milán (340-397) fue también uno de los escritores que expusieron la realidad del Espíritu en su obra y misión en esta tierra, pero sobre todo vinculado a la actividad de Jesús. Fundamental en Ambrosio es la caracterización del descenso del Espíritu sobre el Salvador al ser bautizado en el Jordán. El unguimiento del Mesías sobrepuja cualquier otra unción experimentada por los hombres ya que únicamente con Jesús ocurre una comunicación y una entrega en la plenitud del Espíritu. Según el pensamiento de (Ambrosio) en cuanto a la plenitud y al significado del unguimiento: “Si

³¹ Como dice, “se sienta en el mismo trono de la Gloria del Padre y del Hijo. Reina sin principio y sin fin juntamente con el Padre y el Hijo” (*Catechesis XVI additamentum 2: Patrologia Graeca*, J.- P. Migne, ed. Paris, 33, 995A), citado por Granado, *El Espíritu Santo*, 172, n.349.

³² *Catechesis XVI 4: Patrologia Graeca*, J.- P. Migne, ed. Paris, 33, 921^a; citado por Granado, *El Espíritu Santo*, 172.

³³ *Trinitate II 1:38, 12-32*; citado por Granado, *El Espíritu Santo*, 192.

³⁴ *Ibid.*, XI 18:547, 12-548, 25; citado por Granado, *El Espíritu Santo*, 199.

³⁵ *Ibid.*, XI 19:549, 30-550, 34; citado por Granado, *El Espíritu Santo*, 199, 209, n. 35.

dices Cristo, has nombrado a Dios Padre, por quien fue ungido el Hijo, y al mismo, que fue ungido, a saber, el Hijo, y al Espíritu, con el cual fue ungido. En efecto, está escrito: “A este Jesús de Nazaret, a quien Dios ungió con Espíritu Santo (Hch 10,38)”.³⁶

Para Ambrosio, el término “Cristo”, dicho en forma aislada, carece de significación aparte de ser un mero nombre. Sin embargo, en el contexto del anuncio evangélico es la síntesis teológica de la Trinidad, ya que al declarar que Jesús es el Ungido o el Cristo, se está declarando de manera implícita a las tres personas que participan en este ungimiento. Con todo, Ambrosio también entendió un aspecto central del ungimiento de Jesús ya que señaló que entonces fue ungido por el Padre como sacerdote.

Y con razón (el Espíritu) es unguento ya que se le llama óleo de alegría (Sal 44,8), con el cual, exhalando el perfume de la mezcla de muchas gracias, el Dios y Padre Todopoderoso ungió al verdadero príncipe de los sacerdotes, el cual no fue ungido simbólicamente como los otros de manera legal, ya que no solo fue ungido en su propio cuerpo según la ley sino más bien quedó lleno en realidad y por encima de la ley con la virtud del Espíritu Santo que viene del Padre.³⁷

Durante el siglo V, Agustín de Hipona (354-430) contribuyó grandemente con la formación de la doctrina trinitaria. Él identificó a la Deidad con la sustancia y distinguió a las personas divinas sobre la base de sus respectivas operaciones, que aunque son compartidas por las tres personas, pueden ser diferenciadas. Así, el Espíritu Santo es el don común del Padre y del Hijo (cf. *De Trinitate* V 12 13; 15 16; 16 17). La categoría filosófica que le permite superar el triteísmo es la de relación, y por ello, afirmar que el Espíritu Santo es “comunidad consustancial y eterna” o “cáritas” recíproca del Padre con respecto al Hijo y viceversa. Por tanto, es el Espíritu Santo quien con más propiedad recibe el apelativo de “amor” usado en la primera carta de Juan (*De Trinitate* VI 5 7; XV 17 30s).

³⁶ *De Spiritu Sancto* I 3, 44: *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, Viena, 79, 33, 63-66; citado por Granado, *El Espíritu Santo*, 234.

³⁷ *De Spiritu Sancto* I 9, 100: *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, Viena. 79, 59, 4-9; citado por Granado, *El Espíritu Santo*, 235.

Cuando la oscuridad medieval obnubiló la verdad (siglos VI-XV)

Ya en el siglo VI, durante la celebración de un concilio, la Iglesia de Occidente optó por cambiar la fórmula nicena de procedencia del Espíritu al añadir, “que procede del Padre y del Hijo”. No obstante, esta fórmula fue rechazada en oriente y dio lugar a lo que se conoce como la cuestión del “*filioque*”, que en latín significa “y del Hijo”.

Posteriormente, en el año 876, un sínodo en Constantinopla condenó al papa por no corregir la herejía de la “cláusula *filioque*”. Las disputas cobraron gran fuerza pues no se consideraban idénticas las preposiciones “*ex*” y “*dia*”. Los teólogos bizantinos argumentaban que la primera debía ser usada para el Padre y la segunda para el Hijo. La idea era afirmar que el Espíritu Santo procede (εκπορευεσθαι) del Padre por el Hijo. Sin embargo, el texto aprobado del Concilio era “procede del Padre y del Hijo”.

Luego, durante el Medioevo, el Anticristo se encargó de obnubilar la existencia del vicario de Jesús y de anular su ministerio al arrogarse el título de “vicario del hijo de Dios”. De este modo, añadió a su haber una blasfemia más contra el Altísimo tal como se le mostró a Daniel al revelársele la obra que haría el “cuerno pequeño” durante los días de su apogeo (Dn 8,11-13; 1,31; 12,9). Tan importante es este asunto que a Juan se le reveló de modo aún más explícito que el vicariato pretendido de la bestia sería acentuado mediante la adopción de su título blasfemo milenarista preferido de *Vicarius filii Dei*, por parte de su imagen. Este sería impuesto como señal y número de su nombre blasfemo y se exigiría su adoración bajo amenaza de muerte (Ap 13,15-18). Lo notable de este asunto es que el Señor enfatiza esta pretensión en el cuadro profético apocalíptico indicando la manera en que la Bestia se atreverá a destacar su mendacidad, al ostentar incluso en su imagen, el mismo título preferido y largamente acariciado, en un momento cuando el mismo Espíritu Santo estará actuando tras el Pentecostés escatológico y cuando su iglesia esté dando el último pregón de misericordia al mundo perdido con el poder recibido con plenitud en la lluvia tardía.³⁸

³⁸ El asunto de la interpretación del vicariato blasfemo papal en su desciframiento numérico se ha tornado controversial incluso con algunos en las filas del adventismo de las últimas décadas. Estos adoptan la interpretación de la misma iglesia católica y del protestantismo apóstata, prefiriendo ver en el dígito apocalíptico apenas el número revelado en algún individuo incierto del futuro o el cumplimiento directo con Nerón o con alguna figuración simbólica de ostentación propiamente humana. Sin embargo, no hacen sino reeditar de algún modo las

Las tensiones entre Roma y Bizancio aumentaron tanto que en el año 1054 el representante papal entregó la excomunión papal a Miguel de Cerulario, patriarca de Constantinopla, mientras presidía el servicio sabático. Sin pérdida de tiempo, Miguel puso también de inmediato al papa León I bajo maldición. La controversia “*filioque*” aún sigue siendo un punto de disputa entre la Iglesia de Occidente y la de Oriente. Sin embargo, la razón principal del cisma fue la pretensión papal romana que alegaba la supuesta sucesión apostólica petrina, que exigía su liderazgo obispal como cabeza y príncipe entre todos los obispos, y de la iglesia, que exigía el vicariato de Cristo por ser el obispo de Roma y desechaba la vigencia del sábado en la iglesia oriental.

Ya al final del siglo XII y comienzos del XIII apareció en Calabria, Italia, Joaquin de Fiore, cuyas enseñanzas sacudieron la iglesia con una gran aceptación entre los franciscanos. Él afirmaba que después de la edad veterotestamentaria del Padre y de la novotestamentaria del Hijo afloraba la edad monacal del Espíritu, y que, gracias a esto, llegaba el cambio decisivo en todas las edades del mundo. Anunciaba también la inmediata desaparición del mundo. Por esta misma época, aparecieron varios movimientos religiosos que contribuyeron más adelante a la formación de la Unión de Hermanos o Hermanos Moravos a mediados del siglo XV.

Uno de estos grupos fue el de los valdenses, que se remontaba al siglo XII. Otro grupo influyente fue el movimiento derivado de los husitas, seguidores de Juan Huss.³⁹ Este grupo predicaba que debían mantenerse firmes en su

interpretaciones futuristas y preteristas inventadas por el mismo “cuerno pequeño”. No obstante, la clásica interpretación protestante de este asunto considerando la antigüedad de ella, así como su evidente caracterización, debe llevar a considerársela como la correcta, por lo menos hasta que se pruebe lo contrario. Resulta imposible ignorar que desde hace trece siglos el papado mantiene de manera ininterrumpida y en reclamo creciente su insolente pretensión de ser el “vicario del Hijo de Dios”. Si se tiene en cuenta al papa Esteban II (752-757) como el primero que echó mano del título al fraguar la falsa “donación de Constantino”, tal pretensión vendría desde el año 753, que es la fecha de este decreto falso, supuestamente hecho por Constantino, en el que se refiere al papa como “vicario del hijo de Dios”. Sin embargo, el mismo decreto fraudulento pretende haber sido emitido el 30 de marzo del año 315. Ver Jerry A. Stevens, *Vicarius Filii Dei. Connecting Links Between Revelation 13:16-18, the Infamous Number 666, and the Papal Headress* (Berrien Springs, MI: Adventists Affirm, 2009), 17-18. Ver también Edwin de Koch, *The Truth about 666* (Berrien Springs, MI: Adventists Affirm, 2009).

³⁹ El movimiento iniciado por Juan Huss, denominado “husismo”, coincidió con las ideas de John Wycliffe y sus seguidores fueron los husitas, los cuales crecieron grandemente en tiempos cuando varios papas pretendían el purpurado romano (Alejandro V en 1409). Llevado con engaños al Concilio de Constanza, Alemania, y pese a estar “protegido” por un salvoconducto por el emperador húngaro Segismundo, Huss fue quemado en la hoguera el 6 de julio de 1415. Antes de ser quemado advirtió a sus verdugos, “vais a asar un ganso, pero dentro de un siglo encontrarán un cisne al que no podréis asar”. Huss significa “ganso” en checo, y 102 años después, el monje agustino Martín Lutero clavó en la puerta de la capilla de Wittenberg sus

postura contraria a la política y al mundo al apegarse firmemente a las Escrituras. Entre sus creencias, los miembros de este “pequeño partido” —tal como se registra en su obra cumbre *Acta Unitatis Fratrum* (Actas de la Unión de Hermanos)— concebían al Espíritu Santo como el dedo de Dios y la dádiva de Dios, un consuelo, o el poder de Dios, que el Padre da a los creyentes sobre la base de los méritos de Cristo.

En el siglo XIII, Giovanni Fidanza, conocido como Buenaventura o también el doctor seráfico (1221-1274), defendió la postura de Agustín. Buenaventura habló del Espíritu Santo como de un amor comunicativo (*Coment. a las Sent.* I d.10 q.1). Según él, el Espíritu es la relación, el nexo entre el Padre y el Hijo, pero tal relación es sustancial. Al dirigirse hacia nosotros, se trata de un don.

Tomás de Aquino (1227-1274) es el más destacado representante de la Escolástica medieval. Como seguidor de la línea aristotélica trató de armonizar esta con el dogma cristiano. Aquino asumió completamente en sus obras la noción del Espíritu Santo como relación de amor entre el Padre y el Hijo. Aquino volvió a usar imágenes agustinianas para explicar la divinidad del Espíritu Santo: “Dios en cuanto existe en el propio ser natural, Dios en cuanto existe en su entendimiento, Dios en cuanto existe en su amor son una sola cosa, aunque cada uno de los tres sea una realidad subsistente”.⁴⁰

En realidad, en los días del medioevo, por la pretensión papal de identificación con el Espíritu Santo y por la imposición del magisterio eclesiástico romano sobre el laicado de la iglesia, la actuación del Paráclito se vio desplazada pues se suponía y se enseñaba que solo la curia era bendecida por la dirección del Espíritu.

Durante los días de la reforma y la contrarreforma (siglos XVI-XVII)

Posteriormente, hacia fines del siglo XV y comienzos del XVI, aparecieron en Zwickau, Sajonia, Alemania, algunos llamados profetas que enseñaban que la iluminación interior era más importante que la doctrina tocante a la justificación. Ellos influyeron de manera poderosa en Thomas Müntzer (1468-

95 tesis iniciando con esto el gran movimiento de la Reforma (en su escudo de armas aparecía un cisne). Todo el aparato represor inquisitorial papal de la iglesia de Roma nunca pudo quemar a Lutero en la hoguera, pues esta vez no hubo emperadores traidores que falsearan su palabra.

⁴⁰ *Contra Gentiles* IV 26.

1525) que pretendía ser un nuevo Juan el Bautista, encargado de preparar el reino de Dios, y esperaba fundar una nueva teocracia libre de tiranos y obesos. Igualmente, ya en pleno siglo de la Reforma, surgieron en Múnster, Rin, Alemania, Jan Matthys y Jan Beuckelsson, quienes pretendían ser guiados por el Espíritu para establecer el reino de Dios. En su celo fundador eliminaron los domingos y días de fiesta y con igual entusiasmo establecieron en la plaza de la catedral lo que llamaban “banquetes de amor” donde se llegó incluso a decapitar a los ciudadanos que no gozaban de la popularidad del pueblo. Además, establecieron entre ellos la comunidad de los bienes e introdujeron la poligamia. Para poder lograr esto, incendiaron todos los documentos ciudadanos menos la Biblia.

Por otro lado, varios factores se unieron para generar un sentimiento contrario al monopolio espiritual del clero romano en la interpretación de las Escrituras y la participación del Espíritu fuera de la sucesión apostólica, hasta que estalló el apoyo indiscutible al fraile agustino Martín Lutero, que en 1517 se atrevió a desafiar el dogmatismo papal. Al grito de *sola fide sola Scriptura* la Reforma estremeció los cimientos de la Roma pontificia. Enmarcado en ese concepto, Lutero entendía al Espíritu Santo como el agente divino que hacía posible reconocer mediante la Escritura a Cristo como Salvador. Semejante dinámica implica el principio de discernimiento según el cual un texto inspirado habla de Jesucristo. Desde luego, este reconocimiento solo es posible por la acción del Espíritu en el alma del creyente.

Juan Calvino mantuvo una idea similar al enfatizar que es el testimonio del Espíritu Santo lo que permite distinguir la palabra verdaderamente inspirada de la que no lo es. Solo así se puede considerar a la Palabra de Dios como la autoridad suprema por encima de la razón humana. De esta forma, él defendía la idea de que la autoridad de la Escritura debía ser tomada como la más alta y sobre todas las razones, indicios o conjeturas humanas, pues esto significaba que se fundaba sobre el testimonio interior del Espíritu Santo. De esta manera, iluminados por su poder, no a partir de nuestro juicio ni del de los demás, se considera que la Escritura proviene de Dios. Calvino, a su vez, precisaba que la Palabra era suprema para recibir a Jesús como el don de Dios y que a su vez era instrumento del Espíritu Santo.⁴¹

⁴¹ John T. McNeil ed., *John Calvin, Institutes of the Christian Religion* (Philadelphia: Westminster, 1960), 1025.

Durante los días de la Reforma y la Contrarreforma, los protestantes manifestaron una renovada atención al asunto de las fuentes de la revelación: por algo proclamaban *sola Scriptura*. Los católicos, por su parte, enfatizaban la insuficiencia de la Escrituras sin la dirección de una interpretación correcta. Por eso, contrariamente al entendimiento protestante, puntualizaban que la Escritura debía leerse en la iglesia pues allí es donde habita el Espíritu Santo. Pero el Espíritu Santo era el pleno garante de esa enseñanza mediante el magisterio y sus decisiones, y, claro está, de la interpretación de la Escritura.

Al mismo período de la Reforma corresponde la participación de Miguel Servet (1511-1553) quien buscó restablecer, según él concebía, el verdadero cristianismo sin tergiversaciones especulativas filosóficas, entre ellas y de modo especial, lo relacionado con la Trinidad. En su estudio bíblico rechazó todo lo que contradijera la Escritura. Su obra *Restitución del cristianismo* expone al Espíritu Santo como “esencia de Dios al comunicarse con el mundo” y también “un modo sustancial divino”, lo que lo pone como “pura deidad y plenitud de Dios en Cristo”. Pero esto “no (es) una tercera entidad metafísica”.⁴² Así, para Servet, el Espíritu Santo es apenas un modo de Dios para intervenir en el mundo y particularmente en los humanos. Como médico ilustraba su entender mediante la famosa descripción de la circulación menor, según la cual, el Espíritu penetra en el cuerpo por la respiración y a través de su entrada en el flujo sanguíneo por los pulmones, vivifica el cuerpo y regenera el alma, pero no es una entidad específica ni una de las personas componentes de una Trinidad divina.

A mediados del siglo XVIII ocurrió la experiencia metodista, obra de John Wesley y a su vez del metodismo, la cual originó el pentecostalismo. Wesley comenzó su trayectoria religiosa leyendo en 1725 a Jeremy Taylor (*Holy Living and Dying*) y a Thomas Kempis (*Imitation of Christ*). Sin embargo, las obras que más influyeron en él fueron las de William Law (*Treatise on Christian Perfection* y *Serious Call to a Devout and Holy Life*) en 1726. En realidad, Wesley adoptó como suyo mucho del pensamiento de Law expuesto en *Serious Call*. En este libro, Law instaba a una vida de santidad en el laicado que la iglesia por siglos restringía, al insistir en que la santidad estaba reservada solo a los monasterios y su clero.⁴³

⁴² Miguel Servet, *Restitución del cristianismo* (Zaragoza: Prensa Universitaria de Zaragoza, 2007), 277.

⁴³ En tal sentido, Law aseguraba que “no hay razón por la cual usted pueda pensar que la más elevada santidad sea solo parte de los deberes y felicidad de un obispo, puesto que lo que es una buena razón es de por sí bueno para que usted y los demás lo consideren como el deber y

Durante esos mismos años se inició el pentecostalismo dentro del metodismo como “Movimiento de Santidad”, y a su vez, pasó a América en 1776, al aparecer primero en Virginia. Sin embargo, el primer encuentro pentecostal en el que aparecieron algunas manifestaciones de sus prácticas, ocurrió en Cane Ridge, Kentucky en 1801. Los datos señalan que allí se congregaban hasta 25.000 creyentes y que en sus reuniones aparecían fenómenos como histeria, ladridos de perros y convulsiones extáticas y otros.⁴⁴ Un poco más de un siglo después, un nuevo avivamiento del pentecostalismo se inició en California, el cual es el que ahora prevalece con amplias manifestaciones carismáticas.

Durante el tiempo del fin (siglo XVIII-final)

Jesús señaló que el tiempo del fin estaría plagado de una actividad demoníaca sin precedentes y que sus agentes de mendacidad diseminarían y profetizarían falsedades destinadas a contrarrestar la obra del Espíritu Santo engañando al mundo y, en lo posible al pueblo de Dios (Mt 24,24-26). De hecho, las fuentes de revelación divina nos indican que esta actividad espiritista irá en aumento (1 Tim 4,1) hasta que los demonios dominarán totalmente a su antojo a la humanidad que haya desechado el último llamado de salvación.

Los dos últimos siglos fueron espectaculares en cuanto a la manera en la que el Espíritu buscó dar forma al pueblo de Dios, pero aún más espectacular fue la forma en que las manifestaciones espiritistas tergiversadoras de la obra y presencia del Espíritu Santo emergieron con el propósito de contrarrestar la influencia y la obra del Consolador. Sin embargo, a su vez, poco a poco los acontecimientos anunciados se van completando en el panorama escatológico para dar paso a las pretensiones finales de la gran controversia.

De manera especial, a mediados del siglo XIX, el espiritismo moderno hizo su aparición y paralelamente a él aparecieron sociedades ocultistas que se encargaron de diseminar las enseñanzas espiritistas. Ya desde mediados del

felicidad de todos los cristianos”. William Law, *A Serious Call to a Devout and Holy Life* (New York: E. P. Dutton, 1955), 115. Una opinión similar manifiestan John L. Peters, *Christian Perfection and American Methodism* (New York: 1956), 19; Robert Tuttle, *Mysticism in the Wesleyan Tradition* (Grand Rapids, MI: Francis Asbury Press, 1989), 17, 91-111.

⁴⁴ Bernard Weisberger, *They Gathered at the River* (New York: Brown, 1958), 20-21.

siglo XVIII, Emmanuel Swedenborg y Anton Mesmer contribuyeron grandemente en el despertar y la extensión del ocultismo. El primero fue un teólogo ocultista que comenzó a recibir mensajes espiritistas desde el 7 de abril de 1744 y que es conocido en los círculos ocultistas como “el profeta del Norte”. El segundo, como inventor del “magnetismo animal” o mesmerismo, es a la vez el precursor del hipnotismo hacia 1874. En 1875, la Sociedad Teosófica fue iniciada por Helena Blavatski.

Los adventistas están muy familiarizados con la fecha de 1844 como inicio de su carrera denominacional tras el chasco profético del despertar millerita.⁴⁵ Sin embargo, no siempre consideran ese mismo año para el inicio del espiritismo moderno con la participación directa de Andrew Jackson Davis y luego las hermanas Fox en 1848. Para el ocultismo, estas son fechas clave que involucran a todos los apóstoles ocultistas en la preparación del terreno que iniciaría un siglo más tarde un nuevo movimiento ocultista sin precedentes al cual ellos mismos se encargaron de llamarlo la “Nueva Era”.⁴⁶

Por otro lado, también durante el siglo XIX, Edward Irving buscó la restauración de los dones espirituales en la iglesia moderna de Inglaterra. Pero aun cuando no lo consiguió, sí logró establecer que la glosolalia fuera vista como una señal del bautismo en el Espíritu Santo, signo que a su vez es básico para los pentecostales.⁴⁷ Hacia 1880, surgió una nueva ola de misiones iniciada por el “Movimiento de Santidad”. El movimiento se proyectó entonces en diversos campos, incluso apoyado por el metodismo, y su principio de “perfección cristiana” llegó a ser muy reconocido. Sin embargo, la pugna entre la iglesia metodista y la pentecostal llegó entonces a un punto de quiebre tras el cual el Movimiento de Santidad tuvo que reintegrarse a la vertiente metodista o apartarse. Si bien es cierto que una minoría se separó para fundar sus propias iglesias de santidad, el metodismo, con sus cuatro millones de

⁴⁵ Resulta singular notar que Miller fue también guiado por el espíritu de la confusión agnóstica mediante la lectura asidua de las Escrituras. Luego, se convirtió en un predicador poderoso de la verdad profética.

⁴⁶ La Iglesia Adventista del Séptimo Día misma, no estuvo exenta del ataque insidioso del espiritismo en el cual lamentablemente sucumbieron dos líderes de la iglesia, el pastor Moisés Hull y el Dr. John Kellog. Tanto Hull como Kellog, por su participación en las filas espiritistas de sus días, fueron reconocidos por la dirigencia espiritista en el primer centenario del espiritismo y aun hoy son tenidos como colaboradores destacados del espiritismo moderno.

⁴⁷ Synan, *The Holyness-Pentecostal Tradition*, 2.

participantes, se erigió como el mayor grupo protestante de los Estados Unidos.⁴⁸

Hacia 1891, el pentecostalismo inició un nuevo auge con Charles Fox Parham, quien creía en “el bautismo con el Espíritu Santo y con fuego”. Además, predicaba que hablar lenguas extrañas debía ser una señal del bautismo en el Espíritu. Luego, William J. Seymour, quien fue llamado “el profeta de Pentecostés para Los Ángeles, llevó el mensaje pentecostal de Parham a Los Ángeles donde cobró gran poder.⁴⁹ Seymour lideró una congregación de miles de creyentes en un extemplo de la Iglesia Africana Metodista Episcopal situada en la calle Azuza donde decían que sus reuniones estridentes y desordenadas eran producto de la “lluvia tardía” al mundo.⁵⁰ Y aunque las manifestaciones de este movimiento eran claramente controvertidas y poco bíblicas, en Azuza ciertamente se abrió un nuevo capítulo en la historia del cristianismo en relación con el Espíritu Santo.

Durante el siglo XX, los pentecostales crecieron de manera excepcional en toda Latinoamérica. En Chile, el físico Willis C. Hoover inició el pentecostalismo siendo misionero metodista. Tras vivir algunas experiencias místicas comenzó a promover la glosolalia y cuando sus miembros empezaron a seguir estas formas, él mismo fue expulsado de la iglesia metodista. Hoover entonces fundó la “Iglesia Metodista Pentecostal” a la cual siguieron todas las

⁴⁸ Jolt Fromhage, *Las iglesias Pentecostales en Latinoamérica* (Göttingen: Georg-August-Universität, 1997), 2.

⁴⁹ Pablo J. Ginés, “El cristianismo pentecostal cumple 100 años, con un imparable crecimiento mundial”; disponible en http://www.forumlibertas.com/frontend/forumlibertas/noticia.php?id_noticia=5639; Internet (consultado el 22 de marzo de 2011).

⁵⁰ Un reportero del periódico *Times* que visitó la nueva iglesia en la calle Azuza, informó que “afro americanos, con unos pocos blancos... practican los ritos más fanáticos, predicando las teorías más descabelladas, y se agitan a sí mismos hasta crear un estado de frenesí loco fruto de su celo peculiar”. Y al referirse a Seymour en particular, el reportero escribe: “Con su ojo duro fijado en algún pobre incrédulo el viejo grita desafíos y reta que responda. Se amontonan anatemas sobre quienquiera tenga la osadía de cuestionar las enunciaciones del predicador”. P. Breeze, quien fue el fundador de la Iglesia Pentecostal del Nazareno, no creía que las lenguas habladas en la calle Azuza proviniesen de Dios. Cuando el mismo Charles Parham visitó las reuniones de la calle Azuza, quedó escandalizado por las manifestaciones que ellos llamaban “espirituales” y declaró que ellas eran simplemente espiritistas. Su descripción es muy ilustrativa: “Me senté en la tarima de Azuza Street, y vi manifestaciones de la carne, manipulaciones de espiritismo, a personas que practicaban el hipnotismo en el altar sobre candidatos que buscaban el bautismo, aunque algunos recibían el bautismo auténtico del Espíritu Santo. Después de predicar dos o tres veces, dos de los ancianos, uno de ellos practicante de hipnosis, me informaron que yo era persona non grata en ese lugar”. La iglesia de la calle Azuza finalmente, plagada de diferencias doctrinales y de una absoluta discriminación racial —pues no aceptaban ni blancos ni hispanos— declinó y desapareció, yendo sus miembros a otros lugares llevando el fervor pentecostal donde iban. www.christianhistory.net (consultado el 22 de marzo de 2011).

demás pentecostales en Chile, sin embargo, la metodista, la considera como “anti metodista, irracional y contra los escritos”.⁵¹

En cambio, en Brasil, el pentecostalismo se inició con dos inmigrantes suecos que llegaron a Pará, donde abrieron una misión y se inició la primera congregación como “Asambléas de Deus” en 1911. A partir de entonces, el movimiento pentecostal se tornó en el más grande de la nación, de modo que en 1997 se constituyó en el más grande movimiento pentecostal nacional del mundo con unos 20 millones de miembros.⁵²

Posteriormente, la glosolalia, el don de profecía pentecostalista (estableciendo profetas por imposición de manos), los dones de Espíritu, guía del Espíritu, “renacer”, los grupos carismáticos y especialmente las apariciones marianas cada vez más frecuentes, llegaron a ser fenómenos espirituales propios de nuestros días, todos acaecidos con más frecuencia y espectacularidad en la última mitad del siglo XX y con la convicción de sus practicantes que aseveran vivir el resultado de la acción del Espíritu Santo. Particularmente, los grupos carismáticos son un fenómeno espiritual que se ha manifestado en todos los continentes y hablar en lenguas es ahora aceptado, aprobado y practicado por los miembros de casi toda la cristiandad.⁵³ La feligresía de ellos ha ido incrementándose a pasos agigantados y hoy, según datos enciclopédicos más o menos recientes, los pentecostales y carismáticos en el mundo llegan a los 600 millones.⁵⁴ Sus actividades no han pasado desapercibidas durante el siglo pasado de modo que ellos son vistos como una “nueva fuerza dentro de la cristiandad” y en los Estados Unidos es tenida como “una de las mayores contribuciones de América a la cristiandad del siglo XX”.⁵⁵

Las últimas décadas del siglo pasado fueron de actividad interdenominacional constante y acelerada. La más destacada, el diálogo carismático entre los pentecostales y católicos, ha constituido una categoría

⁵¹ Fromhage, *Las iglesias Pentecostales en Latinoamérica*, 4.

⁵² Synan, *The Holyness-Pentecostal Tradition*, 134-135; Fromhage, *Las iglesias Pentecostales en Latinoamérica*, 4.

⁵³ Kenneth S. Kantzer, “The Charismatics Among Us”, *Christianity Today* (22 February 1980): 25-29.

⁵⁴ Hacia el 2008 llegaban a los 548 millones. Enciclopedia Británica, 2008. Encyclopaedia Britanica Online 22 2008; disponible en <http://www.britanica.com/eb/article-231742>. Internet (consultado el 24 de marzo de 1911).

⁵⁵ Watson E. Mills ed., *Speaking in Tongues: A Guide to Research on Glossolalia* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1986), 8.

mayor.⁵⁶ Sin embargo, es la Iglesia Católica la más interesada en un acercamiento al ámbito carismático basada en su larga trayectoria eclesial. Si hay un punto de partida moderno en el cual Roma se ha interesado en el Espíritu es sin duda a partir del Concilio Vaticano II (1962-1965), ya que a su entender, en ningún otro concilio se prestó más atención al rol del Espíritu en la iglesia.⁵⁷ El mismo Juan XXIII, al anunciar de modo oficial el concilio, expresó: “Esta reunión de todos los obispos de la iglesia debería ser como un nuevo Pentecostés”.⁵⁸ Además, Kärkkäinen hizo notar que Paulo VI señaló la existencia de no menos de 258 menciones al Espíritu Santo en las páginas de los documentos del Concilio.⁵⁹ Desde este Concilio, los papas han urgido a sus teólogos, así como a los laicos, a reavivar su interés en el Espíritu.⁶⁰ En todo este interés y actividad ecuménico-carismática romana, Juan Pablo II jugó un papel determinante, pues él tenía muy en claro que el Espíritu Santo es el que da crecimiento a la iglesia a lo largo de los siglos y, desde luego, está igualmente guiándola hacia una unidad mayor. Sin embargo, para Juan Pablo II y sus predecesores era aún más claro que no existe unidad sin la primacía del obispo de Roma como el “vicario del Hijo de Dios”.⁶¹ Y es el mismo Juan

⁵⁶ Así lo manifiesta y demuestra Veli-Matti Kärkkäinen, quien es el teólogo pentecostal más prolífico de la actualidad al analizar el diálogo entre católicos romanos y pentecostales en los años de las dos décadas anteriores. Versus obras: *Ad Ultimum terrae: Evangelization, Prosehytism and Common Witness in the Roman Catholic Pentecostal Dialogue (1990-1997)* (Frankfurt: Peter Lang, 1999); *Pneumatology: The Holy Spirit in Ecumenical, International, and Contextual Perspective* (Lanham: University Press of America, 2002); *An Introduction to Ecclesiology: Ecumenical, Historical / Global Perspectives* (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 2002).

⁵⁷ Kärkkäinen, *An Introduction to Ecclesiology*, 34. Para un entendimiento de las perspectivas pneumatológicas del Concilio Vaticano II, ver Hans Urs von Baltasar, *Creator Spirit: Explorations in Theology* (3 vols.; San Francisco: Ignatius Press, 1993), 3:245-267; Yves Congar, *I Believe in the Holy Spirit* (New York: Herder & Herder, 1997), 167-173.

⁵⁸ G. Marc’hadour, “The Holy Spirit over the New World: II”, *The Clergy Review* 59, n°4 (1974): 247, citado por Kärkkäinen, *An Introduction to Ecclesiology*, 34.

⁵⁹ *Ibid.*, 248; igualmente Edward E. O’Connor, *The Pentecostal Movement in the Catholic Church* (Notre Dame: Ave María, 1971), 184.

⁶⁰ Una evaluación clara de los documentos papales así como su significado en torno a este asunto es dada en Kilian McDonnell, *Open the Windows: The Popes and the Charismatic Renewal* (South Bend: Greenlawn, 1989).

⁶¹ “Este santo Sínodo, siguiendo las huellas del Concilio Vaticano I, enseña y declara con él que Jesucristo, Pastor eterno, edificó la santa Iglesia enviando a sus apóstoles lo mismo que Él fue enviado por el Padre (cf. Jn 20, 21), y quiso que los sucesores de aquellos, los Obispos, fuesen los pastores de su iglesia hasta la consumación de los siglos. Pero para que el mismo Episcopado fuese uno solo e indiviso, puso al frente de los demás apóstoles al bienaventurado Pedro e instituyó en la persona del mismo el principio y fundamento perpetuo y visible, de la unidad de fe y de la comunión. Esta doctrina sobre la institución, perpetuidad, poder y razón de ser el sacro primado del Romano Pontífice y de su magisterio infalible, el santo Concilio la propone nuevamente como objeto de fe incommovible a todos los fieles, y, prosiguiendo dentro de la misma línea, se propone, ante la faz de todos, profesar y declarar la doctrina acerca de los Obispos, sucesores de los Apóstoles, los cuales, junto con el sucesor de Pedro, Vicario de

Pablo II quien manifestó su total convicción de “vicario” en su libro *Crossing the Threshold of Hope*⁶² al afirmar:

Confrontado con el Papa, uno debe hacer una elección. El líder de la Iglesia Católica es definido por la fe como el Vicario de Jesucristo (y como tal es aceptado por los fieles). El Papa es considerado el hombre que sobre la tierra representa al Hijo de Dios, quien “toma el lugar” de la Segunda persona de la Trinidad. Los católicos...lo llaman a él “Santo Padre” o “Su Santidad”.⁶³

El cuadro escatológico inspirado se torna cada vez más claro al señalar el papel explícito que el Espíritu tendrá en el final de todo y la forma como el engañador seguirá tratando de anular el ministerio fiel del Consolador con todas sus artes de falsedad.

Conclusión

Resulta muy significativo que al iniciar ya la segunda década del siglo XXI, un recorrido a lo largo de la historia del cristianismo nos muestra la impronta dejada por el Espíritu Santo en su milenaria carrera realizando su ministerio de conducción y guía al rebaño que el Buen Pastor le encomendó como vicario suyo. Vez tras vez, el ministerio y la dirección del Espíritu han sido tergiversados y los movimientos suscitados en su nombre han dejado su sello indeleble nada grato. Sin embargo, es bueno recordar que incluso el mismo Jesucristo fue acusado de ser dirigido por Satán y no por su progenitor celestial. Así, en el siglo inicial del cristianismo apostólico, el enemigo buscó contradecir la dirección del Espíritu con la manifestación de falsos profetas tal como lo profetizó Jesús y lo certifica la *Didajé*. Luego, en los siguientes cuatro siglos (II al V), cuando la patrística alzó su voz para defender la identidad del Hijo de Dios y certificar la legitimidad del ministerio de su progenitor, los concilios de la iglesia certificaron y respaldaron las declaraciones y enseñanzas correctas. La notable participación de Justino, Orígenes, Tertuliano, Ireneo de Lyon, Hipólito, Novaciano, Gregorio de Nisa, Cirilo de Jerusalén, Hilario de Poitiers, Ambrosio de Milán y tantos otros, apuntalaron la certidumbre del

Cristo y cabeza visible de toda la Iglesia, rigen la casa del Dios vivo”. *Lumen gentium*, cap. III:18 - Constitución jerárquica de la Iglesia, y particularmente el episcopado; “Porque el Romano Pontífice tiene sobre la Iglesia, en virtud de su cargo, es decir, como Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia, plena, suprema y universal potestad, que puede siempre ejercer libremente”. *Ibid.*, III:22. Ver www.aciprensa.com (consultado el 20 de marzo de 2011).

⁶² Juan Pablo II, *Crossing the Threshold of Hope* (New York: Knopf, 1994).

⁶³ Citado por David Bird, *Sabbath Chalange, Sabbath Delight!* (USA: Xulon Press, 2003), 238.

Paráclito celestial a pesar de las argucias de Montano, Arrio, Sabelio y muchos más. Además, los concilios de Nicea (325), Constantinopla (381), París (361) y otros, dirimieron la corrección de lo señalado por ellos al exponer y defender la doctrina cristiana del Espíritu Santo con corrección bíblica.

Los ocho siguientes siglos (VI-XV) fueron cruciales para el ministerio del Espíritu a favor de la iglesia. Estos fueron parte del largo período de la edad oscura cuando la verdad fue echada por tierra y pisoteada por el “hombre de pecado” quien osó declararse “vicario del hijo de Dios” para establecer su “abominación espantosa”. Sin embargo, aun en semejante situación, la fidelidad del Consolador establecido para la iglesia mantuvo su ministerio leal. Notable fue la aparición de Joaquín de Fiore, quien aseveró que sus días, así como los pocos previos y posteriores a él, eran los de la edad monacal en la cual, según él, se manifestaba de modo especial el Espíritu en los monjes, lo cual señalaba un cambio decisivo para el mundo y a su vez indicaba la cercanía del fin del mundo. Pero aún más notable es el surgimiento de varios movimientos religiosos evidentemente dirigidos por el Espíritu, que hastiados de la opresión impuesta por el “misterio de la iniquidad” buscaban la libertad del Espíritu. Entre ellos se destacaron los moravos, los valdenses y los husitas que incluso tuvieron que pagar muy caro por su fe al contradecir al vicario opositor. En realidad, en los días del Medioevo, por la pretensión papal de identificación con el Espíritu Santo y por la imposición del magisterio eclesiástico romano sobre el laicado de la iglesia, la actuación del Paráclito se vio desplazada pues se suponía y se enseñaba que solo la curia era bendecida por la dirección del Espíritu.

Al llegar los días de la Reforma (siglos XVI-XVII) parecía promisorio un nuevo amanecer en la cristiandad, sin embargo, la contrarreforma advertía a los creyentes que los 1260 años aún no habían pasado. Las manifestaciones espirituales acaecidas en Zwickau con sus profetas alegados así como la pretensión de Thomas Müntzer (1468-1525) de ser Juan el Bautista y como tal precursor del reino de Dios, hallaron eco en Jan Matthys y Jan Beuckelsson, quienes también declararon ser guiados por el Espíritu para establecer el reino de Dios pero no lograron eliminar el ministerio del Paráclito.

La clarinada del “tiempo del fin” (siglos XVIII-final) señaló a la iglesia que el tiempo final estaba más cerca de lo que creían. Sin embargo, resulta apasionante constatar que en estos siglos el Espíritu actuó de manera poderosa y buscó conducir al pueblo de Dios por un derrotero seguro. Varios reavivamientos espirituales se manifestaron, en los cuales se notaba la

influencia del Espíritu tanto en el viejo mundo como en el nuevo, pero igualmente se mezcló lo correcto con lo espurio. En Europa, con John Wesley, surgió el metodismo, del cual apareció también el pentecostalismo, el que a su vez se trasladó al continente americano. A su vez, durante la primera mitad del siglo XIX, se plasmó el adventismo del millerismo, del cual a su tiempo, en la segunda mitad del mismo, surgió la Iglesia Adventista del Séptimo Día. En cada uno de estos reavivamientos surgieron manifestaciones peculiares que contradecían la tranquilidad y la paz que es característica esencial del Consolador y conllevaron evidentes distorsiones del ministerio del Espíritu. Sin embargo, de manera especial desde mediados del siglo pasado, las manifestaciones carismáticas han trascendido las fronteras protestantes y han inundado el ámbito católico romano en una evidente aceptación de lo que ellos llaman una manifestación ecuménica del Espíritu. Paralelamente a esto, el movimiento seductor espiritista de la Nueva Era ha inundado el mundo y desorientado a las iglesias con otras manifestaciones espirituales espurias.

La primera década del siglo XX fue marcada por el inicio del pentecostalismo carismático en la calle Azuza, en los Ángeles, California, que mostró el sello del llamado “Movimiento de Santidad” con su énfasis en la denominada “perfección cristiana” y, manifiesta según ellos, en “el bautismo con el fuego del Espíritu Santo”. Su prédica acentuaba que el hablar lenguas extrañas era una señal del bautismo en el Espíritu y sus reuniones se caracterizaban por su estridencia y desorden total que, afirmaban, era producto de la “lluvia tardía” al mundo. Esta influencia, tras unos años, se ha multiplicado y ha avasallado las fronteras denominacionales protestantes hasta cautivar las comunidades católico-romanas que proclaman sus bondades ecuménicas como una señal de que el Espíritu está en medio de la iglesia. Las manifestaciones carismáticas entusiasman a sus seguidores. Desde el papa hasta el último miembro protestante o católico inmerso en ellas aseguran la dirección divina en todo este despertar.

Resulta evidente que estas dos manifestaciones finales están dirigidas a contrarrestar el legítimo derramamiento pentecostal final del Espíritu sobre la iglesia que ha de sacudir al mundo con el fuerte pregón. Además, en un tiempo cuando la iglesia presume estar colmada del poder del Espíritu en sus diversas manifestaciones carismáticas, el Testigo Fiel le suplica conseguir el discernimiento del Espíritu Santo a fin de poder percibir su condición de pobreza, desnudez y ceguera, de modo que sea partícipe del triunfo final de la Trinidad en el gran conflicto (Ap 3,21-22).

Es por demás conmovedor constatar cómo la Escritura certifica y asegura el ministerio del divino Paráclito a lo largo de la historia de la iglesia de Dios a pesar de los intentos del enemigo que trata de pervertir y tergiversar su ministerio. Cuando Dios reveló a Juan el futuro de su iglesia desplegado en siete períodos, le advirtió y prometió que en cada etapa de su historia el pueblo de Dios tendría la certificación y garantía plena del cuidado especial del Espíritu Santo. Sin su ministerio no hay esperanza concreta plena. Con su poder, todo lo prometido es logrado pues él es la fuente de poder tanto de la iglesia militante como de la iglesia triunfante. Sea en Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia o Laodicea, es “el Espíritu el que dice —es decir, guía, ayuda, protege, amonesta, enseña y provee— a las iglesias” su mensaje de aliento, esperanza y poder (Ap 2,7.11.17.29; 3,6.13.22). Nunca hubo un tiempo en el cual el Consolador haya estado desatento a la necesidad del rebaño que le encomendó el Buen Pastor y de hecho, nunca lo habrá hasta la consumación de todas las cosas, cuando el mismo Espíritu presente ante el Salvador a su iglesia que cuidó y mantuvo “sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Jud 24-25).

Merling Alomía
Universidad Peruana Unión
Lima, Perú
merlingalomia@gmail.com